

Corporación de antiguos alumnos de la "Institución Libre de Enseñanza" del "Instituto-Escuela" y de la "Residencia de Estudiantes" de Madrid.

GRUPO DE MEXICO

CIRCULAR NUM. 82

B O L E T I N

EL CINCUENTENARIO DE LA MUERTE DE DON FRANCISCO, EN MADRID (1)

"El miércoles 17 nos reunimos más de cien personas, las de siempre y además muchas otras, que me causaron sorpresa, pues no habíamos dicho nada para que el acto saliera sincero, sentido y profundo. Leímos primero las notas de Pablo sobre la enfermedad y últimos momentos, de lo que el señor Cossío contó en la Corporación el primer miércoles después de su muerte. (2) Luego fue la lectura del precioso artículo de Azorín en el primer aniversario, y se acabó con el tan sentido de Zulueta publicado en el Boletín. Nos hubiera gustado leer algo de El, pero como todo se leyó muy despacio, parecía ya demasiado largo. Todo el mundo estuvo sentido y conmovido.

Al día siguiente, el 18, empezó a nevar furiosamente y a las tres de la tarde nos reunimos en el Cementerio un puñado de valientes, algunos de ellos a pie porque en el camino se atascaron los coches. La hora que estuvimos allí no dejó de nevar. Las flores y ramas que pusimos desaparecieron bajo los copos en unos minutos. Nunca he visto el cementerio aquel tan hermoso, todo blanco, inmaculado y allí nosotros solos, sin testigos, como en nuestra casa. Llevé las ramas que cogimos en Sigüenza con otras de pino y encina de la Casa de Campo. Todos llevaron muchas flores, muchas violetas. Antes de irnos recordamos la historia de aquella tumba y sus transformaciones.

La vuelta fue durilla y ateridos de frío, los más íntimos nos vinimos a casa y acabamos la tarde viendo retratos y recuerdos. En estos miércoles que han pasado he acabado de contar mis recuerdos y anoche leí las notas sobre don Julián, último trabajo hecho por El".

DON FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS, CONSCIENTE INNOVADOR

por ISABEL DE PALENCIA

Se ha celebrado en recientes fechas el cincuentenario de la muerte del gran maestro español: don Francisco Giner de los Ríos, innovador en su patria de métodos de enseñanza y de formación de carácter que felizmente habían de sustituir a los que por desgracia estaban dando al traste con los frutos de gloriosas épocas anteriores, pese, justo es reconocerlo, a los esfuerzos que, para evitar el derrumbe, hacían algunos verdaderos amantes de la cultura.

Felizmente, en tales momentos críticos, surgió en España un hombre de temple tan firme como esclarecida mente. Un "maestro" en la acepción más digna y noble de la palabra.

Un "maestro" es decir un iniciador de ideas, un forjador de conductas, un inspirador en todos los campos nobles del saber, un transmisor de conocimientos basados en un inalterable respeto y amor por la Verdad. Estas cualidades todas superlativas que se vieron aunadas, en la persona de don Francisco, hacen de él un ser verdaderamente excepcional, un ser capaz de doblegarse siempre ante la razón si esta se hallaba entroncada en una básica verdad, no en artilugios acomodaticios y vanos.

Esa generosa aceptación era lo que le otorgaba una tan marcada superioridad sobre otros pensadores de su época, y lo que hoy hace de su recuerdo un don de inestimable valor.

FRANCISCO GINER *
(1839-1915)

por AMÉRICO CASTRO

Sus hijos adoptivos decidieron un día que no llegase a él directamente el sueldo de profesor. Su modesto haber como catedrático de Filosofía en la Universidad de Madrid iba a parar, muy a primeros de mes, a los menesterosos y lastimados de toda suerte, que conociéndole, ponían así a prueba el impulso irrefrenable de su bondad. Don Francisco daba a los otros y no guardaba para sí. El diálogo era, más o menos, éste:

—¡Pero don Francisco, si ya no le queda nada; le dio todo, y estamos a 5 del mes!

El abuelito acariciaba su barba de nieve y, cual una criatura sorprendida en falta, mecía la cabeza, oscilando entre dos deberes contradictorios. Una cabeza que, más que por el sol, su gran amigo, parecía atezada y curtida por el alma en brasa de que era espejo.

—Sí, tenéis razón; pero si hubiérais oído a quella mujer, visto a aquellos niños...

A su persona concedía un mínimo, dentro, no obstante, de las exigencias de subido decoro que él se había trazado. Baño diario, rasgo exótico en el Madrid de hace setenta años; comida y mesa pulquerrimas, ropa diariamente cambiada, pero de calidad ínfima (camisas de a seis reales). No toleraba ser servido por nadie dentro de su austera habitación, y sus trajes eran de extremada modestia. A pesar de ello, tras la humilde envoltura se percibía al señor de estirpe distinguidísima y, ante todo, la prodigiosa dignidad de su espíritu. Pudo serlo todo, brillar como gobernante o en la vida social más alta. Mas no aspiró a ninguna popularidad; y ante él se recataba la lisonja trivial. Acogía junto a sí a quienes poseían o aspiraban a lograr una jerarquía superior en el plano del espíritu. En aquella inolvidable sala de recibo conocimos a gentes de toda clase de distinción; lores, artistas, sabios de renombre universal, que experimentaban la maravilla de su trato. La conversación era fascinante. Al dejar una noche su salón en compañía de alguien excepcional que nos visitaba, el viajero insigne hubo de preguntarme: "Y hay otras personas así en España?"

Nunca caía en actitudes vulgares o desmayadas. Cierta día le vimos dormir oyendo una conferencia, y al bromearle por ello, su donaire andaluz no se hizo aguardar: "Qué quieren ustedes; el sueño a veces es una opinión". A los setenta años trepaba a las crestas de la sierra con el brío de un adolescente. En la intimidad de los suyos, mantenía con gracia sutil la alegría y la tensión de los ánimos. Jovial a su hora, grave y arrebatador al penetrar en los recintos esenciales de la emoción y la sabiduría. Improvisando al piano, junto al fragmento importante, surgía acaso el eco de un tono popular. A él oímos decir por primera vez la deliciosa seguidilla: "En la torre más alta de San Agustín, hay un fraile, madre, que canta en latín". Su gusto por el folklore era extremado, y su huella se advina

(1).—Fragmentos de una carta de un compañero nuestro de Madrid.

(2).—Esta nota la hemos publicado en nuestro número extraordinario del 18 de febrero, pág. 9, con uno de los últimos retratos de don Francisco.

* De *La Nación*, Buenos Aires, 6-VI-1937. (Publicado por los ex-alumnos de Princeton del autor en obra de circulación privada, en 1956).

en la obra de Joaquín Costa y en los estudios folklóricos de Machado (el padre de los insignes poetas). Escala completa, matizadísima, de una vida a la que nada humanamente digno fue ajeno. Doliente de su última y angustiosa enfermedad, hasta el final se mantuvo firme y sin doblegarse al sufrimiento. "Qué vergüenza, me he entregado", fueron casi sus postreras palabras.

Paseos inolvidables con el maestro por el terso y deslizante monte de El Pardo, tierra bien "sencida" (como el huerto de Berceo), pasto apenas hollado, que sólo sabía entonces de la ingenua dentellada de los gamos huidizos. Centenarias y solemnes encinas, orondas de barroquismo, hojas en bronce que enmarcaban el azul y el violado de las lejanías. Frente a tal horizonte aprendimos a concebir el sin límite de las cosas. Muchos años más tarde, las perspectivas del Guadarrama siguieron meciendo el sueño engañoso de un vivir que, ¡oh miseria!, ni volverá. El granito impasible templaba su aspereza en la vegetación exacta y sin retórica, y al beso de un aire que cercaba en delicias cada objeto. En la senda solitaria nos precede la grácil y ondulante maravilla de una ilusión, voz de mil sabores, mundo de presencia y de alusiones en que se aunan todos los sentidos. Rumor de aquella recatada fuentequilla, tan difícil de hallar, manante en la peña viva, blando desliz de la roca. Como en la divina canción de Gil Vicente, había que preguntarse «si la sierra, o la fuente, o la estrella, es tan bella». Paisaje que no enmudece, que no consiente las alas replegadas. Por lo mismo, tal vez confiáramos con exceso en su promesa; aunque ya fue bastante haber podido sentirla tan próxima y haber podido grabar allá muy dentro sus trémulos espejismos. «Cuando el pueblo español esté a la altura de su paisaje», había dicho Giner.

Bajo la encina, el frugal sustento, que el filósofo santo tomaba con mesura y pulcritud exquisitas. Y veo, como en aquel instante, al niño humilde cruzar ante nosotros, cabeceando inclinada hacia tierra en gesto o inconsciente o preocupado, y que adquiere relieve singular contra el silencio de las tonalidades próximas: «¡Oh, los niños! Vea el encanto de esa criatura». Consagró su vida, la mejor y más bella que he conocido, a que los niños españoles...

Mas decir lo que Giner deseaba para su España, para sus hombres futuros, no tolera ser retraído a la angostura de cuatro frases. Prefiero por ahora imaginarlo a él como persona, oír su voz dulce o severa («¿cuándo va usted a dejar ese tonillo del Albaicín?») su explicación de cómo la armonía y complejidad de una planta o de cualquier hermoso ser natural no eran menos prodigiosas que las del sistema filosófico de Kant. Momentos decisivos para la integración de una personalidad. Alentaba a la gente moza en forma que luego nos hacía sonreír, al darnos cuenta de todo el alcance de su indulgencia. ¡Qué recibimiento después de cada vuelta por el extranjero! «Pero vean ustedes lo que dice este muchacho, que ha oído hablar a Wundt en Leipzig acerca de una nueva clasificación de las ciencias.»

Oía sin prisas, sin impaciencia. Sondeaba el espíritu en todos los sentidos. Qué satisfacción la de acompañarle a casa, al retorno de la Universidad, por aquellas calles entonces mal cuidadas, a veces embarradas. Don Francisco caminaba con sumo miramiento, no obstante sus zapatos de goma. «Cuidado —decía—; los chanclos no son una patente de corso para andar por el lodo.» Luego la charla junto a la estufa, siempre de pie, moviéndose nerviosamente; un acento que quería ser castellano puro, pero que en los descuidos de la inspiración, tan frecuentes, dejaba escapar algunas inflexiones andaluzas. Allí se aprendía a no ser pedante ni amanerado, a eludir la frase hecha. Un buen discípulo de Giner no citaría doctrinas ajenas sin señalar su procedencia, ni daría como suyos pensamientos de otro. Nos habituaba a sentir los contactos entre la siempre algo adusta especialidad y el complejo total de la cultura. Incitaba a la averiguación rigurosa de cualquier verdad nueva y mantenía en guardia contra el riesgo de hacer como aquel alemán que nunca leía a Goethe por estar atareado con la estadística del comercio de exportación. A él deben las gentes de mi tiempo y de mi clase conocer la Lengua alemana; influyó en la instauración de ciertas industrias al impulsar a unos técnicos leoneses a mejorar los productos ganaderos; hizo revivir la historia artística de España; inició el alpinismo y

el gusto por el campo y los deportes; se interesó por las ciencias naturales y biológicas, y de Giner deriva, en última instancia, el amplio incremento científico que conoció España en los últimos treinta años. La moderna educación a él se debe; y, acaso ignorándolo, en todas partes lo imitan. A él debían centenares y centenares de gentes lo mucho que poseen de seres realmente humanos. He descubierto su huella en los más remotos rincones de España, y aquí, y en Méjico, y en Camagüey. Su gran faena fue saber labrar peldaños en las almas abruptas que se aproximaban en procura de un claro horizonte. Acontecía que el interlocutor, seducido, prolongaba en demasía su conversar o su escuchar; y en más de un caso le oímos lo que él sólo sabía decir, sin arañar y suscitando sonrisas: "Yo que usted me iba". Y se salía de allí debiéndole algo que valía más que todas las ciencias, clasificadas o no: una postura ante el mundo y un punto de referencias aun dentro del caos más trastornante.

Sobre Giner no se han escrito gruesos volúmenes, ni en su honor acontecen actos conmemorativos y solemnes. La prensa mantiene vivo su recuerdo entre los mal informados o indiferentes, que son los más. Porque no hizo vibrar el siglo con el tumulto de la proeza bélica, ni fue gobernante al uso, ni forjó una obra literaria en la que siguiera resonando el eco frecuente de su espíritu. No fundó religión, no se le achacaban milagros, no descubrió ningún prodigio de la mecánica, no legó al futuro una capital doctrina científica o filosófica, que perviviera desligada de su persona. Fue —no más— una lujosa flor de hispanidad, ofrendada con heroica elegancia en el ara de los callados sacrificios a la patria, según un rito tan prodigioso como inimitable en su belleza.

Suele decirse que para el español esencial la vida es acción, un deber ser, no un afanoso buceo hasta la entraña profunda de los seres. Ahora bien, para los hispanos de tipo sumo, es decir, declaradores de la última substancia de la hispanidad, la moral se vierte en pura estética, en meras y estilizadas formas. Y así las acciones, aun las en apariencia más prietas de contenido, consumen éste en el hecho mismo de su armonioso fluir. La vida recatada de Giner, arisca al encomio y olvidada de la popularidad, era así porque para nada necesitaba de los demás sino en la medida que le eran precisos para su plástica espiritual y excelsa. Moral y estética, olvido de las relaciones precisas y comensurables, vestíbulo para el nihilismo racional, reducción del mundo a puros valores, que me valen sin que yo los conozca ni pueda definirlos.

La voz *inefable* cobraba en los labios de don Francisco (henchido de romanticismo) una expresión muy viva; los procesos interiores, en vías de llegar a determinarse en juicio y doctrina, le importaban más que las formas fijadas y definitivas que el juicio y la doctrina revistieran. Una mente la suya que, por principios, adoraba lo problemático y repelía todo cerrado dogmatismo. De ahí que Giner no dejara, a pesar de sus muchos libros, ninguno que expresara con decisión y total nitidez su pensamiento radical, su credo de acción y vida. Y debía ser así, puesto que el libro de don Francisco fue el espléndido fluir de su vida, como la poesía única de Juan Ramón Jiménez yace en el mismo afán de perfección poética, que le hace no mirar como última y definitivamente conclusa ninguna producción determinada. Poesía del poetizar; o el vivir del espíritu, como incesante filosofía del filosofar, en busca del absoluto humano, en perenne ascesis o ejercicio para conseguir no una verdad meta de tipo racional o científico, sino un acercamiento (en fin de cuentas más religioso que intelectual) al ámbito infinito del espíritu del Universo, presente y activo en cada instante de los tiempos y en cada punto del espacio. El Universo como templo. Lo *inefable*.

Ciertos rasgos del maestro eran muy perceptibles en aquel otro varón prodigioso y encantador que se llamó Manuel B. Cossío, que a las veces acaece a algunos discípulos destacar en más relieve ciertas tendencias del precursor. En mis conversaciones con Cossío, anciano y doliente, lamentaba que no se decidiera a poner por escrito muchas de las sugestivas ideas sobre arte y vida que se le ocurrían en el transcurso de nuestras pláticas y que fatalmente veía iban a perderse para los demás. Y él sostenía que ya era bastante hacerlas vibrar en el aire de la conversación. Lo cual no puede interpretarse ni como modestia simple, ni como leve esteticismo, ya que en

eso justamente se descubre la radical posición frente a la vida a la que antes me he referido. El momento fugaz es sostén de cada idea, la cual vale en cuanto aspecto de una función vital y creadora, que esa sí es radicalmente esencial. El momento fugaz arrastra en su vuelo la idea o el dicho feliz, como el punto de amor quema un infinito sin resto, punto inguardable e intransferible, que en cada instante necesita ser recreado *ex nihilo*. De ahí el absurdo de exigir consecuencia de causa a efecto a lo que es un eterno y absoluto renacer. La mujer del amor perfecto es la que siempre parece estar llegando de nuevo, aunque nos ocurra su vista veinte veces en el mismo día.

Decía antes que Giner no se había distinguido por estas o aquellas actividades que comúnmente sirven de escala al valor imperecedero. Y he aquí que todas esas negaciones precursoras, lejos de devastar los contornos de su ser magnífico, sirven tan sólo para descubrir el foso tras el cual se alza una maravillosa fortaleza humana, tan segura de sí como desdeñosa del más allá. Un firme plan regulaba los menores actos de don Francisco Giner de los Ríos. Pero su virtud y su atractivo no procedían de que tales actos se acordaran con sus principios, como acontece a quienes parecen consumir toda su fuerza en mantener en tenaz soldadura un programa y una vida. Lo admirable y admirado en Giner era el espectáculo de cómo iba proyectándose la doctrina en el vivir. Admiraba que tal torrente de calidades, cuyo fragor se dejaba advertir muy luego, tolerara encauzarse en el estricto límite de la santa e inteligente acción de cada día. A veces lamentábamos los que éramos menos santos que siendo tan eximio filósofo, y sabio en tanta cosa, no se arrojava a laborar en tareas absolutas de ciencia o arte más bien que en el moldeo de espíritus necesitados de una dirección. Pero en Giner revivía el ardor de nuestros cazadores de almas del siglo XVI; una religiosidad sin exponente determinado se humanizaba en ciencia y moral y fulgía en destellos de arte. Humanismo ascético, pero que ya no desdeña el mundo; porque el mundo se había redivinizado, como un abierto templo del espíritu.

El recuerdo de Giner de los Ríos es hoy un refugio y, por tanto, una pausa de aliento. Su sueño de una patria alerta y concorde, ¿qué fue de él? ¿Se hubiera podido salvar España con sus métodos, que aspiraban nada menos que a la reedificación de cada existencia según planos exquisitos, reaccionando contra anquilosis y perversas deformidades, acaso inveteradas? ¿No era, a pesar de todo, muy chica vacuna para tan ancho cuerpo? No pretendía don Francisco extranjerizar a España, cuya peculiaridad en lo que tenía de valiosa adoraba como nadie. ¡Aquella su laude de la expresión *hombría de bien*, intraducible a ningún idioma! Quiso rehispanizar a España con limpios fermentos de pura hispanidad. Porque vio que era imposible el combate directo y de frente, como lo sería querer honrar el túnel a cabezadas. Entre el ambiente temeroso de una nación adormecida y sin ninguna clara volición y su ímpetu transformador interpuso unos procedimientos sumamente lentos, lo más contrario que cupiera a una acometida espectacular o revolucionaria. Juzgaba aquel hombre santo e inteligente que reformando el ánimo del niño y el del joven, y rectificando las mentes con nobles ejercicios de vida e intelecto, a la postre el ánimo y la mente de España serían otros, sin dejar de haber sido nunca ellos mismos. Tensión impetuosa en la raíz del propósito; medida delicadísima en sus realizaciones. Eso fue, y no otra cosa. Supo ser el mejor, y a tal fin ordenó su prodigiosa inteligencia. Era ésta tan sutilmente tajante que hubiera podido permitírsele todo, y siempre le habría sobrado margen para ser ensalzado. Fue una virtud de pleno conocimiento. «Todo en esta vida tiene su precio», solía decir. Pero él no rehuyó ningún riesgo, ni ante su presente ni cara al futuro.

DON FRANCISCO GINER (1)

por JUAN REJANO

En no pocas ocasiones he traído a este cuadernillo el nombre de don Francisco Giner de los Ríos. Unas veces para destacar algún rasgo de su obra; otras, para presentarlo como

un altísimo paradigma intelectual y humano. Ahora lo hago, de nuevo, para recordarlo con motivo de cumplirse los cincuenta años de su muerte. Para recordarlo como uno de los españoles más eminentes de cualquier época. Casi estoy por decir como un héroe. Porque verdaderamente heroica fue la tarea que este hombre excepcional se impuso por medio de la cátedra, de la conducta personal y, sobre todo, de la Institución Libre de Enseñanza, en la España de su tiempo. Era luminoso y profundo, como era hombre de buena fe, tal dijo Rubén Darío de Antonio Machado. La España franquista, en cambio, no lo recordará. Muchos de los que en ella viven, sí. Pero el régimen fascista, como tal régimen, ignorará la efemerides. Y ello es natural, porque Giner fue un precursor y, en buena parte, uno de los forjadores de la España que Franco apuñaló. La República del 31 advino a España dieciséis años después de haber muerto Giner de los Ríos, pero la sombra de éste la rodeó amorosamente en su corta vida, y algunos de los proyectos y reformas que el nuevo sistema de gobierno intentó llevar a la práctica, especialmente los educativos, tenían el sello del maestro. Ay, si la segunda República española hubiera sabido interpretar a fondo el pensamiento de Giner, como el de otros contemporáneos suyos. No estaríamos, probablemente, donde estamos. No estaría España clavada en la cruz, martirizada, sangrante, desde hace un cuarto de siglo. Y es que aquel hombre pequeño y tierno, de alma grande y ardiente, que, según el poeta, pedía labores y esperanzas para su duelo y quería que enmudeciesen las campanas y sonaran los yunques era todo lo contrario de un político ocasional: era un valeroso reformador, un intelectual en acción, nada contemplativo, nada aristocrático, un hombre que supo ver a España no sólo en lo inmediato, sino en el futuro lejano, y sus ideas, aunque revestidas de tolerancia, de persuasión, iban a lo esencial de los problemas. No se andaba por las ramas: descubría la llaga y proponía el remedio. Aquel afán de poner en hora el reloj de España, de alinear a su patria con los países europeos más evolucionados, ¿de dónde nacía sino del deseo profundo de modificar las viejas estructuras del país e introducir en éste una nueva vida social y cultural? Aquel engendrar discípulos y seguidores capaces de tomar un día en sus manos los destinos espirituales de España, ¿qué era sino la convicción de que un país, para su transformación, necesita siempre de una serie de individualidades creadoras, de hombres preparados, y no de charlatanes o demagogos, más atentos a sus intereses personales que a los del pueblo que dicen representar? Es conmovedor comprobar ahora cómo las enseñanzas y los desvelos del maestro Giner tuvieron mayor alcance y calaron más hondo que los de sus propios epígonos. La España que la generación del 98 llevó a una parte de su obra literaria estaba ya en las preocupaciones —y aun en las ocupaciones— de Giner. Lo que más tarde el mismo Ortega, aunque equivocándose casi siempre, parecía admitir como su meditación esencial, ¿no era también lo esencial de la prédica del gran educador andaluz? Entre sus discípulos y colaboradores, acaso el que más se aproximó a la intimidad de su pensamiento fue Joaquín Costa, el gran rebelde, espíritu qui-jotesco, que removía las entrañas de la patria, buscando un resurgimiento verdadero. Cossío, ya lo sé, Cossío fue el predilecto, el continuador amoroso. Cossío fue la Institución y tantas cosas más. Pero no es esto lo que me importa ahora considerar. Pienso también en Alfredo Calderón, menos conocido, segundón de la gran empresa reformadora, casi perdido en la agobiante labor periodística, pero ejemplar siempre y siempre generoso. Y pienso, asimismo —¿por qué no?—, en Galdós, tan lejano aparentemente de Giner, pero en cuya prodigiosa obra, por la que entrañablemente discurre todo el siglo XIX español, está también la España de nuestros días, la que pudo ser si los generales y los señoritos no la hubiesen acibillado, la que será, sin duda, en próximos años, cuando sus juventudes obreras e intelectuales la rescaten de la ignominia presente. No me gusta, en fin, apurar demasiado ciertos razonamientos, pero creo que Giner estaba más cerca de españoles como Pablo Iglesias, por ejemplo, tan parecido a él en el

(1).—«Cuadernillo de señales», suplemento de «EL NACIONAL».—México 7 de marzo de 1965.

tesón, en la esperanza, en la modestia, que de aquellos otros —infinita caterva— que identificaban su liberalismo con la caja de caudales o, cuando mucho, con la retórica parlamentaria. Estos ligeros apuntamientos, que no son otra cosa, tal vez desazonen a más de un amigo, pero yo tenía que hacerlos alguna vez a propósito de don Francisco Giner de los Ríos, y he creído que la mejor ocasión era ésta, al cumplirse medio siglo de su muerte.

C O R P O R A C I O N

En la reunión que la Directiva celebró el miércoles, día 7 de los corrientes, antes de la sesión plenaria, dimos cuenta de que el "Fondo de Cultura Económica", nos había enviado 30 ejemplares del libro *Ensayos y Cartas* de don Francisco, y de que, habiendo hablado con el señor Silva Herzog, el día anterior, nos había comunicado que el ejemplar de "Cuadernos Americanos", que se vende en librerías a 20 pesos, los podríamos adquirir, los que componemos la Corporación, a 15 pesos, yendo a la Editorial. Se empezaron a suscribir varios compañeros y nuestro Tesorero Manuel Cuenllas quedó en adquirirlos y distribuirlos después. El ejemplar que recibimos de las "Notas a la Enciclopedia Jurídica de Ahrens", enviado por "Tecnos, S. A.", lo llevamos para que lo conocieran los compañeros y que, como ya se anunció, lo podrán adquirir en la Librería Zaplana, cuando lleguen los ejemplares que, con fecha 29 de marzo pasado, nos anunció la Editorial desde Madrid, que estaban en camino.

Dimos cuenta de que en París, la Radiodifusión francesa, desea hacer una serie de emisiones, en español, ocupándose de don Francisco, con motivo del Cincuentenario de su muerte. Para ello piensan que intervengan (haciendo grabaciones de las personas que no están allí), Caro Baroja, Natalia Cossío, Jimena Menéndez Pidal, Pablo de Azcarate, Gloria Giner de los Ríos, y en París, el Prof. Marcel Bataillon y José Giner Pantoja. Para información de los que organizan estas emisiones, (don Víctor Hurtado y don Francisco Díaz Roncero), se les han remitido nuestros Boletines, números 80 y 81, donde pueden encontrar cosas escritas sobre don Francisco y bibliografía.

A esta información que hicimos ese día podemos añadir hoy que ha llegado el número de marzo que "Insula" de Madrid, dedica, casi exclusivamente, a don Francisco, que es el nº 220, y en el que se publican las siguientes cosas: de "Azorín": "Don Francisco Giner"; de Ramón Carande: "Don Francisco en la Universidad"; de Juan Ramón Jiménez: "Giner visto por Juan Ramón Jiménez"; el poema de Antonio Machado: "A don Francisco Giner de los Ríos," Baeza, 1915; de José Angel Valente: "La naranja y el cosmos (en el Cincuentenario de don Francisco Giner); de Julio Caro Baroja: "Don Francisco Giner y la España de su época"; de Paulino Garagorri: "Las virtudes fungibles"; de Pío Baroja: "Giner y Cossío"; la Biografía de don Francisco (que hemos publicado en este Boletín y que reproduce "Cuadernos Americanos"), y, además, los siguientes textos sobre don Francisco: "Giner", por Miguel de Unamuno; "De sobremesa", de Jacinto Benavente; "Don Francisco", por Ramiro de Maeztu; "Un maestro", por Enrique Díez-Canedo; "Giner de los Ríos", por Rafael Altamira; "Don Francisco Giner", por la Condesa de Pardo Bazán; "Adiós a don Francisco", por Eugenio D'Ors; el editorial (bien del Director de "Insula", señor Canito o del Secretario señor Cano), denominado "Giner". Publica, además, tres fotos de don Francisco, la de su tumba en el Cementerio del Este, y un rincón de la sala de la Institución, donde se ve el retrato de don Francisco, de Sorolla, sobre el piano, y el de don Francisco-niño, atribuido a Esquivel. Agradecemos a "Insula" su valiosísima aportación al homenaje que en todas partes se rinde a don Francisco, con motivo del Cincuentenario de su muerte.

Seguimos recibiendo trabajos originales y siguen publicándose, en la prensa y revistas, otros que irán apareciendo en este Boletín, como de unos y de otros publicamos hoy los de Isabel de Palencia, Américo Castro y Juan Rejano. Como hemos hecho al citar los que publica "Insula" diremos que te-

nemos preparados para meses sucesivos los siguientes: "Homenaje al maestro", de Juan Rejano (Suplemento de "El Nacional": 11 de los corrientes); "Giner de los Ríos, un español Heterodoxo", de Luciano del Río (Diario de Pontevedra, 21 de febrero 1965); "Don Francisco Giner de los Ríos", de Margarita Nelken ("Excelsior", 12 de marzo 1965.) "Un solo hombre bueno", de Mada Carreño; "Francisco Giner de los Ríos, una vida grande", de Margarita Nelken ("Revista de Revistas", 11 de abril 1965); "La teoría de Giner sobre el Estado", por Raúl Carrancá Trujillo ("Excelsior" 2 de abril de 1965); "Carta de Méjico: el Cincuentenario de don Francisco Giner de los Ríos", por Ernesto Navarro ("Le Socialiste", París 1º de abril, 1965), "Aniversarios de varones ilustres: Don Francisco Giner de los Ríos (1839-1915)" por Alberto Jiménez ("Perspectivas de la Unesco. Boletín mensual"). "Homenaje a Giner de los Ríos", por Salvador Azuela ("Novedades 16-4-65).

A nuestra sesión última asistían, por primera vez, ya que residen fuera de México, por un lado la Sra. Carmen Pinacho de Letre, antigua alumna del Instituto-Escuela, y el señor Jesús Sánchez Pérez, que vive fuera de la capital, también antiguo alumno del Instituto-Escuela de Madrid.

Nos visitaron los Sres. Tapia Bujalance, Directores del Colegio "Manuel Bartolomé Cossío", a los que, al saber de la existencia de este colegio particular, habíamos enviado nuestro Boletín del 18 de febrero, y que acudieron a nuestra reunión, deseosos de que les facilitemos, como le ofrecemos, informaciones amplias sobre la figura del señor Cossío, cuyo nombre pusieron a su escuela en recuerdo del gran pedagogo español.

Nuestro compañero Manuel Cuenllas Rubio, Tesorero de la Directiva, nos presentó en la reunión de ésta, un resumen de ingresos y gastos que abarca desde el 7 de octubre de 1964 al 6 de abril corriente, por el cual se demuestra que, después de haber pagado el importe de los Boletines números 80 y 81 (el extraordinario de febrero y el último con fotos), existe un superávit de \$ 500.95 (QUINIENTOS PESOS CON NOVENTA Y CINCO CENTAVOS) que no sólo procede de las cobranzas sino de donativos para el Boletín.—Como la iniciativa de estos donativos partió de un compañero nuestro, que deseaba que no figuraran las cantidades que, para costear los números extraordinarios se recaudaran, respetamos su deseo, diciendo sólo que los compañeros que espontáneamente han cotizado son: José Puche, Germán y Marissa Somolinos, Ovidio y Angelita Botella, Gloria y Laura de los Ríos, Elisa y Bernardo Giner de los Ríos, Consuelo Giner de los Ríos de Quint, Francisco y Petra Giral, y Manuel y Dolores Cuenllas.

A la última reunión asistimos:

Petra Barnés de Giral, Manuel Cuenllas Rubio, Enrique Díez-Canedo, Bernardo Giner de los Ríos, Magdalena Martínez Carreño de Sesin, Ernesto Navarro Márquez, Juana Ontañón, Enriqueta Ortega, José Puche Alvarez, Carmen Pinacho de Letre, Julia Rodríguez Mata de Navarro, María Teresa Rodríguez de Romeo, Aurelio Romeo, Jesús Sánchez Pérez, Germán Somolinos D'Ardois, José de Tapia Bujalance y Sra. de Tapia Bujalance.

Se adhirieron:

María Luisa Díez-Canedo de Giner de los Ríos, Francisco Giner de los Ríos, Consuelo Giner de los Ríos de Quint, Francisco Giral González, Elisa Morales de Giner de los Ríos, Guadalupe Ruiz de Díez-Canedo, y Dolores Tejero de Cuenllas.

C O N V O C A T O R I A

Como el primer miércoles de mayo, día 5, es fiesta nacional, se comunica a todos los compañeros que la Corporación no se reunirá ese día sino el miércoles 12 de mayo, como siempre en la Embajada de España, Londres nº 7, a las 7:30 de la tarde. Se ruega la puntual asistencia.

México 28 de abril de 1965,

MARÍA DEL CARMEN NOGUÉS
Secretaria

BERNARDO GINER DE LOS RÍOS
Presidente